

Jaime Ortega Reyna

Intervención y coyuntura: una aproximación a los usos de Lenin en América Latina

Resumen: *El texto explora algunas de las contribuciones teóricas realizadas por distintos intelectuales latinoamericanos. En ellas se expresa una faceta muy importante en la recepción de la obra teórica de Lenin: la construcción de una reflexión sobre la práctica política. Los conceptos de ‘intervención’ y ‘coyuntura’ son dos claves sobre las cuales se interrogan a tres autores: Carlos Cerda, Tomás Moulian y J.R. Núñez Tenorio. Además, se presenta una reflexión general sobre la recepción de Lenin en América Latina.*

Palabras clave: *Marxismo latinoamericano. Lenin. Revolución rusa.*

Abstract: *This text explores some of the theoretical contributions made by different Latin American intellectuals. In these productions a very important facet is expressed in the reception of Lenin’s theoretical work: the construction of a reflection on political practice. “Intervention” and “conjuncture” are two concepts about which three authors are questioned: Carlos Cerda, Tomás Moulian and J.R. Núñez Tenorio. There is also a general reflection on Lenin’s reception in Latin America.*

Keywords: *Latin American Marxism. Lenin. Russian Revolution.*

En el extremo oriente de la Ciudad de México se aprecian un conjunto de edificios

habitacionales producto del anteriormente denominado ‘movimiento urbano popular’, en sus enormes fachadas se forman las siluetas de Emiliano Zapata y Francisco Villa reconocidos símbolos de la cultura política de izquierda. Pero junto a los referentes nacionales también asoma la silueta de Vladimir Ilich Lenin. Como dato curioso hay que señalar que las icónicas figuras de la Revolución mexicana y de la Revolución rusa que se encuentran en el paisaje urbano se localizan apenas a unos pasos de la estación del metro ‘Constitución de 1917’. Justamente un siglo después de que se consumara el acto constitucional que fundaba un nuevo Estado en México, del otro lado del mundo el pueblo ruso con Lenin a la cabeza inauguraba una época histórica. Se trata de dos modelos, dos formas de entender lo político, lo económico y lo ideológico que marcaron en gran medida el siglo XX, en América Latina y en el mundo occidental.

Ahora que nos encontramos ante el centenario de la Revolución rusa, múltiples posibilidades de abordaje se encuentran dispuestas de aquel suceso con relación a su impacto en América Latina, particularmente en lo que refiere no en su primera recepción, sino en sus consecuencias en el nivel de lo *teórico*. ¿Qué significó el impacto de aquella revolución entendida como un *acto teórico* de gran escala? ¿Cómo fue que la Revolución rusa impactó en la producción conceptual de los marxistas de manera casi absoluta en el siglo XX? ¿Qué referentes se buscaron en los momentos de ‘crisis del marxismo’ en aquella experiencia?

En los enunciados en forma de cuestionamientos lanzados estamos ya trazando una línea de demarcación muy clara: el impacto teórico de la revolución no fue inmediato, sino que tuvo distintos momentos e intensidades, siendo el que nos interpela en mayor medida aquel que fue conocido a lo largo del mundo como la ‘crisis del marxismo’. Diversas formas de explicar aquel momento se han hecho (Palti, 2004), todas reconocen que fue el filósofo comunista Louis Althusser (2008) quien marcó el tono de la discusión en los años setenta. Si bien sus consecuencias fueron mucho más amplias, la crisis remarcada por Althusser tuvo entre sus múltiples centros aglutinadores un elemento que desde nuestro punto de vista es el corazón de ella: la ausencia de una teoría política específicamente marxista.

Como es bien sabido, Althusser cuestionó el economicismo en su versión más profunda, desmovilizando con ello cualquier intención de colocar el marxismo como un discurso de esencialismos inamovibles. Su canónica frase sobre la ‘determinación en última instancia’ es una muestra clara de ello: “Ni en el primer instante ni en el último, suena jamás la hora solitaria de la ‘última instancia’” (Althusser, 1979, p. 93). Sin embargo, Althusser no se detuvo ahí, conforme su obra fue avanzando cuestionó algunas de las certezas más profundas del marxismo. El caso de la teorización sobre lo específicamente político dejó las más grandes consecuencias. No es casual que intelectuales cercanos a él, tan disímiles por lo demás, como Nicos Poulantzas y Antonio Negri, continuaran sus investigaciones sobre dicha problemática.

La hipótesis que planteamos en estas páginas va en consonancia con el diagnóstico sustentado por Althusser. Aunque no nombrado en sintonía con él, ni con la ‘crisis del marxismo’, gran parte de los teóricos y de las producciones que se suscitaban en América Latina tuvieron como objetivo fundamental el de dotar al marxismo de una teoría de la política, es decir, continuar el sendero abierto por Lenin. Ello quería decir buscar una alternativa ante la ‘derivación’ del Estado por parte del capital, como se entendió en varias teorizaciones que tuvieron lugar en Europa central; asimismo en aquel momento era más importante una comprensión global sobre el Estado y las

clases que una teoría sobre la dominación cultural e ideología como después se daría de la mano de Gramsci. En la región se impuso con premura la reflexión otra cuestión: una teoría de la *intervención en la coyuntura*. Ello quería decir el movilizar los principales registros de análisis que el teórico ruso aportaba para posibilitar realmente el ‘análisis concreto de la situación concreta’. Por *intervención y coyuntura* nombramos la capacidad de agencia de los sujetos en condiciones en donde su actividad práctica daba como resultado una transformación en las relaciones de fuerza. La metáfora usada por Lenin sobre la ruptura del eslabón más débil en la cadena imperialista convoca los dos registros, por un lado un momento determinado y único en la historia y por el otro el accionar preciso y concreto por parte de los grupos movilizados.

Pasaremos revista por los principales aportes en este tenor, sin embargo, también señalaremos la especificidad de la distancia con respecto al ‘leninismo’ como categoría que englobó perversamente la dimensión teórica y práctica que el líder ruso significaba. La crítica que hacemos de dicha categoría es fundamental para entender el destino de la utilización de la obra de Lenin en términos productivos, como se verá adelante. Será quizá porque Lenin no goza de la popularidad que tiene Gramsci, será quizá porque su figura fue más propensa a ser olvidada tras el Muro de Berlín, lo cierto es que los materiales con los que trabajaremos han sido menos explorados en el conjunto de desarrollos que historizan la producción marxista en la región. Los materiales que presentaremos y cuestionaremos muestran que la presencia del dirigente ruso entre el marxismo debe ser tomada en cuenta más allá del ‘leninismo’, tal como se le conoció en el siglo XX.

Desde este punto de vista el presente trabajo pretende reconstruir el archivo que circula en torno a la figura de Lenin, como un momento de productividad del marxismo en la región. Es entonces a partir de entender que Lenin motivó una rica producción para el marxismo latinoamericano durante distintos momentos, particularmente aquellos donde la renovación política demandada tras la Revolución cubana se hicieron evidentes. Lo que queremos demostrar es que el nombre de Lenin no se agotó en el ‘leninismo’,

sino que sobrepasó límites impuestos por el poder burocrático, convirtiéndose en un autor obligado y necesario para pensar los momentos de ruptura política que se vivieron en décadas pasadas en la región.

Coordenadas de la recepción de Lenin

Durante el siglo XX la recepción productiva de la obra de Lenin cundió por el mundo, su obra comenzó a ser motivo de reconstrucciones y eruditos comentarios. No sólo en América Latina su obra se transformó de un ícono histórico, en una referencia necesaria de ser despejada del ‘leninismo’ en tanto discurso de poder. Ya en la segunda mitad del siglo XX pudimos acceder a las cruciales obras del francés Marcel Liebman (1978) como del italiano Luciano Gruppi (1981), ambos nos entregaron la presentación de un Lenin mucho más versátil, conflictivo y productivo, a través de una revisión puntual, minuciosa y contextual de su obra. La conferencia de Louis Althusser titulada *Lenin y la filosofía* abrió un campo problemático antes poco explorado, es decir, un Lenin ya no sólo líder práctico, sino también constructor teórico. Después de él siguieron las intervenciones de Dominique Lecourt (1979) y la defensa de una cierta lectura de *Materialismo y empiriocriticismo*, así como los debates sobre la categoría de formación económica social que se lanzaron a partir de 1965 y que tuvieron un eco de resonancia fundamental en Italia, Francia y América Latina. Aledaño a la discusión de Althusser, pero profundizando ahí donde el francés no podía o no quería pronunciarse, deben destacarse *La fábrica de la estrategia: 33 Lecciones sobre Lenin* de Antonio Negri (2004), así como el ensayo de Mario Tronti (2001) *Lenin en Inglaterra*: ambos expresaron una distancia con el gramscianismo del comunismo italiano y realizaron una lectura de Lenin desde el obrerismo.

A pesar de los sucesos en Europa a finales del siglo XX el nombre de Lenin ha seguido convocando a la reflexión. En América Latina en tiempos recientes han existido significativas intervenciones que reclaman la obra del dirigente ruso. El argentino Atilio Borón (2004) lo ha

reintroducido a partir de la importancia del *¿Qué hacer?* para el debate de los movimientos populares latinoamericanos; el colombiano Manuel Guillermo Rodríguez (2007) en la necesidad de su obra en la filosofía política elaborada desde el sur.

El nombre de Lenin no ha estado en exento de disputas, discusiones y apropiaciones diversas y América Latina ha hecho participe con distintas producciones de tal situación, cada una de ellas puede ser ubicada en distintos planos, tanto de coyuntura política como de necesidad teórica. En el presente trabajo presentaremos una dimensión de esa apropiación que se nos presenta ampliamente sugerente, la que tiene que ver con la construcción de una teoría política específicamente marxista y siendo más específico: la utilización de Lenin para construir una teoría sobre la intervención política en la coyuntura. Se trata de la apropiación siempre en tensión de una obra que pretende ser ubicada en su dimensión productiva y ya no sólo exclusivamente como un argumento de autoridad intelectual o ideológica. Antes de entrar en materia expondremos brevemente el surgimiento del ‘leninismo’ como apuesta teórica y política de poder.

La invención del leninismo

Es un lugar común entre los marxistas de nuestro tiempo adjudicar a José Stalin (1978) la invención del ‘leninismo’ durante las conferencias del año 1924, ello como un intento de deslindar la práctica de Lenin con los efectos de poder que el segundo provocó en su actuar. Entre los biógrafos contemporáneos de Lenin, como el inglés Robert Service (2001), se aduce siempre una delgada línea de continuidad entre ambos personajes. En ambas posiciones, aunque opuestas, existe una misma noción: el ‘leninismo’ era para bien o para mal una ideología de un poder que legitimaba una narrativa histórica. En su nombre se realizaron crímenes, represiones y silenciamientos; pero también se industrializó una sociedad atrasada económicamente, se masificó la educación y se inauguraron derechos antes prohibidos para las clases trabajadoras.

La existencia del ‘leninismo’ era inherente a la vida de aquel poder, que más allá de sus transformaciones y variaciones a lo largo del siglo XX, como las que ha mostrado Moshe Lewin (2006), sirvió como legitimador discursivo ante los millones de personas que se vieron convocados por el fenómeno comunista del siglo XX. Evidentemente el ‘leninismo’ surgido del poder de Estado no fue un fenómeno tan sencillo y simple como podría parecer a la distancia, cuando ese poder ha dejado de existir. Explotar en los pliegues y dobleces de aquel invento es parte del trabajo de reconstrucción del *archivo* sobre Lenin.

Sin embargo, un rastreo más profundo puede avanzar a determinar que el ‘leninismo’ fue un invento de legitimidad de la dirigencia del naciente Estado y no sólo de una persona, en este caso de Stalin. También es posible sostener como los personajes más distantes en sus concepciones y nociones contribuyeron a la formulación de esa ideología, aun encontrándose por fuera del poder. Finalmente, y más importante, con la invención del ‘leninismo’, además de una legitimación de un poder, también se estableció una manera de interpretar a Marx y al marxismo en su conjunto, así como el conjunto de la época histórica que se inauguraba a partir de 1917.

Efectivamente, Stalin apuntaló la directriz fundamental del ‘leninismo’ y con él la interpretación del marxismo: la obra de Lenin sería la correspondiente a la época del capital monopolista, del imperialismo y de la estrategia de la revolución socialista. Esto era una diferencia fundamental pues Marx habría contribuido a interpretar el capitalismo de una época previa, la de la ‘libre competencia’, en la que la incipiente clase obrera aún no se encontraba madura para la revolución y por lo tanto era subsidiaria de las iniciativas de la burguesía. Se encuentra en este conjunto de concepciones la clave sobre la cual se definirá gran parte de las apropiaciones de Lenin a nivel mundial tras su muerte y la inauguración del ‘leninismo’ como un canon interpretativo y legitimador. Stalin no fue el único que lo hizo, otros dirigentes de la época echaron la suficiente leña sobre la chispa lanzada por el luego jefe máximo de la URSS. Zinoviev (1979), otro dirigente de importancia en los primeros años de la revolución hizo lo propio, definiendo al ‘leninismo’ de

manera muy cercana a la que lo hizo Stalin. Otro que contribuyó a este fenómeno fue el ‘teórico del partido’ ruso, Nicolás Bujarin (1978), en su breve opúsculo *Lenin marxista*. Otro que contribuyó, a pesar de ser expulsado de la Unión Soviética y ser derrotado por los tres anteriores en una alianza creada para tal fin fue León Trotsky. El dirigente ruso asesinado en México compartió las líneas de interpretación teórica con los demás dirigentes: confianza en el progreso, la industria como único factor de ‘desarrollo’ de la fuerza y conciencia del proletariado, una noción del materialismo de tipo cosmológico, entre otras coordenadas que lo ponen en consonancia con la época. Además de ello canonizó a Lenin, fortaleciendo la posición legitimadora de su pensamiento, aunque en este caso para combatir a Stalin. No es casual que en los primeros años de existencia de su corriente Trotsky se negara a aceptar el epíteto de ‘trotskismo’ y optara por el de ‘bolchevique-leninista’.

Para finalizar este apartado reiteramos que el ‘leninismo’ fue una ideología de un poder estatal, pero cuya construcción venía forjándose antes de que ese poder se afanzara por completo y que encontró en la muerte del líder el espacio ideal para materializarse. La construcción previa funcionaba como mecanismo de legitimidad, tanto para quienes finalmente construyeron el Estado soviético y también para quienes se le opusieron en alguna medida. La paradoja es que más allá de la disputa inmediata en la lucha por el poder sostenidas por distintos actores, todos compartían ciertas directrices de interpretación del marxismo, esas serán finalmente las que confluirán en el perfeccionamiento de una maquinaria ideológico-discursiva que ponía a Lenin en el centro de todas las referencias.

América Latina en Lenin y Lenin en América Latina

Las referencias de Lenin hacia América Latina son dispersas, inconexas y muestran una gran ausencia de conocimiento e incluso de interés por la región. Algo sumamente llamativo en un personaje obsesionado con la exactitud del dato y la precisión de cualquier afirmación.

A diferencia de sectores diversos de la Revolución mexicana o los grupos socialistas que ya actuaban en la región (en México, Chile y Argentina principalmente) y que seguían con detenimiento los acontecimientos del otro lado del mundo, los artífices de la revolución soviética poco o nada sabían sobre lo que acontecía de este otro lado del Atlántico. Es por ello que la problematización de nuestro tema de estudio ronda siempre en las maneras en las que Lenin circuló por América Latina. Pero antes de ello es preciso señalar otras fuentes o variables que contribuyeron a inscribir la figura y la obra de Lenin en los más variados sectores, no sólo de producción teórica, sino de una cultura política.

Así entre las figuras latinoamericanas que recibieron y elogiaron a Lenin en América Latina se encuentran los revolucionarios mexicanos, como Zapata o en un primer momento el anarquista Ricardo Flores Magón. La ‘institucionalización’ de la Revolución mexicana tuvo también otros momentos de recepción de Lenin con figuras intelectuales como Jesús Silva-Herzog, José Mancisidor, Narciso Bassols y posteriormente en otra clave Vicente Lombardo Toledano. Algo de ello ha quedado ya establecido en el libro de Condes Lara (2016) sobre la relación de ambas revoluciones. En tanto que la órbita comunista tuvo a su “Juan Diego del Comunismo” (Taibo II, 1986) en Manuel Díaz Mercado (S/A), quien dejó el testimonio de ‘el mexicano que habló con Lenin’. En Chile Luis Emilio Recabarren y en Argentina José Ingenieros apreciaron en los primeros años 20 la potencia del personaje histórico. Todas estas figuras, como se puede observar, hacen parte de un entorno exterior a los partidos comunistas o de momentos de formación inicial.

En un trabajo poco conocido titulado *Lenin y la América Latina* (1971), el economista colombiano José Consuegra nos entregó numerosos testimonios de figuras públicas que aplaudieron la figura del revolucionario ruso. Por su recopilación desfilan figuras de la talla de Lázaro Cárdenas o Jorge Eliezer Gaytán; comunistas de la primera época del siglo XX como Juan Marinello; los economistas venezolanos D.F Maza Zavala y Salvador de la Plaza; el chileno Sergio Vuskovic y los entonces periodistas colombianos Daniel Samper y Eduardo Pastrana.

Nosotros optaremos por asediar un conjunto de producciones que se localizan en una época signada por la Revolución cubana. Aquel acontecimiento que en un primer momento intentó ser teorizado por el francés Regi Debray bajo el mote de ‘castrismo’, era definido justamente como “un leninismo apresurado” (Bensaid, 2007, p. 81). Como suele ser común en la historiografía sobre las izquierdas latinoamericanas la Revolución cubana representa un hito, un cambio y una pugna por renovar el horizonte de sentido y conservar ciertas lealtades ideológicas.

Existen registros de los que no podemos echar mano y que sólo mencionaremos por la importancia que suponen. El primero de ello es por supuesto la presencia de Lenin en la poesía. Es ya muy conocida la poética política de un Roque Dalton, tan celebrada por Alberto Híjar (2005) como una nueva forma de concebir el marxismo no limitada al tratado, comentario o estudio científico. Dalton ejerce sus facultades poéticas para realizar un espléndido montaje de la estrategia revolucionaria salvadoreña en su *Un libro rojo para Lenin*. Dalton no fue el único poeta que tuvo a bien considerar la presencia del dirigente ruso. Otros poetas como Vicente Huidobro, Pablo Neruda, Efraín Huerta, Alberto Hidalgo lo han utilizado de manera recurrente en su poética.

El otro tema que por espacio no podemos desplegar, pero que sin duda existe con vigorosidad es el antileninismo, que también ha sido moneda de cambio que ha circulado por América Latina, desde las versiones más conservadoras, la de los demócrata cristianos chilenos Genaro Arriagada y Claudio Orrego, hasta la más sofisticada intervención del argentino exiliado en México Oscar del Barco, quien desató una breve pero acalorada polémica en la revista comunista mexicana *El Machete*. El antileninismo no dejó de ser recurrente después de 1989, incluso los ‘marxismos abiertos’ comandados por John Holloway en su momento de mayor éxito mediático, tras la crisis argentina de 2001, no dejaron de insistir en los efectos negativos de su presencia, todo ello con motivo del centenario de la publicación del *¿Qué hacer?*. El anticomunismo, el antimarxismo y el antileninismo son vetas que habrá que explorar en su momento como construcciones discursivas de

sectores tanto de izquierda como de derecha del espectro político.

En los siguientes renglones exploraremos una veta que estalló con claridad a partir de la ‘crisis del marxismo’: la ausencia de una teoría política específicamente marxista. Con ello no nos referimos tanto a la ‘teoría del Estado’, elemento señalado como clave por Althusser, sino más bien a un intento de extraer de la obra de Lenin una teoría de la intervención política. Lenin era entonces un referente para poder ubicar una temporalidad de la política: a partir de ella táctica y estrategia quedarían definidas y diferenciadas. Esta distinción era la piedra angular para la práctica política, cuya especificidad alejaba a los teóricos de cualquier reducción a una categoría de *praxis* indiferencia, veta esta que contó con muchos adherentes en América Latina. Lenin, sin embargo, permitía otro tipo de reflexión, más apegada a los momentos concretos, aleada de cualquier noción de sujeto trascendental, necesidad histórica o teleologismo.

Hacia una teoría de la *intervención*

Comenzaremos nuestra exposición explorando el trabajo de Carlos Cerda. Desde nuestro punto de vista uno de los trabajos que más aportan para configurar una noción clara de la intervención política, dado que en él se expone una valoración del tiempo político de la revolución alejada de todo voluntarismo y mesianismo. Además de estas características, el trabajo es el resultado de la evaluación de la situación de la Unidad Popular chilena. Militante del Partido Comunista de aquel país y miembro de su Comité Central publica en 1971 en la editorial Quimantú (proyecto editorial del gobierno de Salvador Allende) *El leninismo y la victoria popular*, texto que responde a la polémica con el Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR).

Es el más original de los textos escritos por los comunistas tras la Revolución cubana, ello por varias razones: la primera de ellas es que organiza el conjunto de su exposición a partir de la necesidad de comprender el motivo del triunfo del 4 de septiembre, es decir, es una demanda de

la coyuntura chilena. Lenin es una mediación teórica para explicarse tanto la victoria popular en Chile como la cualificación de revolucionario del gobierno de Allende. La segunda razón es que el trabajo de Cerda es relevante porque explícitamente su obra busca llenar lo que denomina el *vacío teórico* a propósito de la situación revolucionaria chilena, es decir, no se agota en la referencia local, sino que avanza hacia un saber con cierta posibilidad de universalizarse. Finalmente, es una producción sumamente original que evade los lugares comunes que circulan en torno al ‘leninismo’ como ideología de la necesidad histórica y plantea la posibilidad de una ‘ciencia de la política’, es decir, la comprensión de lo específicamente político dadas las coordenadas que Lenin aporta y con ello, una formulación sobre la intervención política en el contexto chileno.

Este último punto mencionado es quizá el más relevante, pues a partir de él es que puede entenderse el aporte de Cerda a propósito de la lectura de Lenin: se trata de la construcción de una teoría de la temporalidad de la política. Expresado de otra manera podemos decir que capta la teoría del tiempo de la política que en Lenin se encuentra en *estado práctico*, para hacerla explícita. Así, insiste en que el aporte sustancial de Lenin es brindar la teoría sobre la ‘situación política’ como un momento específico de la lucha de clases, en donde no operan las nociones generales sobre la sociedad que el marxismo ha construido, sino que se privilegian las situaciones específicas de la correlación de fuerzas políticas, siendo este el momento de intervención por excelencia.

De esta forma Cerda deriva de la obra de Lenin una ‘teoría de la situación política’ dividida entre la caracterización del ‘carácter de la época’ y las situaciones que se viven al interno de esa caracterización. La temporalidad que se propone para lo específicamente político se aborda a partir de una doble consideración, lo que el autor denomina ‘factores determinantes inmediatos y factores determinantes en última instancia’. Aunque los ‘factores determinantes’ podrían ser pensados en términos de un economismo, Cerda introduce una variable interesante al derivar de Lenin la necesidad de comprender la ‘multiplicidad de modos de producción’ que se

encuentran articulados, además de ello la variable de la multiplicidad también le permite identificar que no hay una bipolaridad conflictiva, sino una multiplicidad de contradicciones que se jugarían entre las distintas clases de los distintos modos de producción. Se trata de una especie de tributación del concepto de sobredeterminación de Althusser, en donde la ‘última instancia’ engelsiana no tiene relevancia en la intervención dentro de la coyuntura y lo que pesa más es el análisis específico de las fuerzas en pugna, así como los escenarios de la confrontación. Y es que el Lenin que Cerda nos presenta es el que busca entender la especificidad de lo político, en este caso el conjunto de determinaciones inmediatas y no ya en las que se privilegia la ‘última instancia’, por lo cual dice: “Está claro que una revolución es algo bastante más complejo que sus condicionantes económicas” (Cerda, 1971, p. 58).

Podemos entender así que en la coyuntura se da la intervención, siempre de acuerdo a la captación de la temporalidad de las fuerzas enfrentadas, es ahí donde se juega la posibilidad de una ‘ciencia de la política’: es por todo ello que si se ha ubicado en el plano formal el problema de los diversos modos de producción, las distintas clases sociales, los intereses en pugna de las distintas clases (y no sólo de dos) es posible también abordar las tareas políticas, las necesidades, las consignas, los programas y sobre todo las alianzas. Cerda apuntala que la “ciencia de la política” de Lenin cuyo eje es la captación de la correlación de fuerzas en la coyuntura desemboca en una política de alianzas que permita ubicar un conjunto de elementos necesarios para la intervención. ¿Cuáles son ellos? Conceptualmente Cerda recoge de Lenin los siguientes: ‘enemigo inmediato’, ‘golpe principal’, ‘desplazamiento de la contradicción’; sobre la base de ellos se puede determinar el conjunto de ‘fuerzas de la revolución’, la ‘fuerza motriz o dirigente’, pero sobre todo el carácter de las alianzas, ya sean estas estratégicas o tácticas, inmediatas o mediatas.

El ejercicio que Cerda hace recordará a lo que en los años ochenta intentó hacer Marta Harnacker al calor de los enfrentamientos en Centroamérica. Efectivamente lo que está operando en el análisis es que con Lenin se puede pensar la complejidad de la situación y que toda ‘ciencia

de la política’ que se aspire a construir se asienta sobre distintas temporalidades: ellas no están definidas previamente, sino que son emplazadas por la coyuntura. Esas temporalidades desplazan contradicciones, fuerzas, alianzas, consignas hasta antes vigentes, es decir, las relevan y colocan el escenario de la confrontación en otro espacio. Es por ello que también se lanza contra el ultra izquierdismo que para él representa la revista *Punto final* (ligada al Mir):

Una de las características que mejor definen el infantilismo izquierdista es su tendencia a asilar al proletario, a concebir la revolución como un proceso lineal o espontáneo, en el cual “las fuerzas más revolucionarias” se “toman” el poder independientemente de la correlación de fuerzas que hace posible la revolución. (Cerda, 1971, p. 73)

Ya en esta cita se aprecia la apertura que hace Cerda, la revolución no es proceso lineal, teleológico o necesario, sino producto de una práctica política asentada en el tiempo, pero también que la revolución no es un acto mesiánico, sino un proceso que avanza en distintas coyunturas, no hay un golpe final y definitivo, sino sucesión de batallas por ganar. Esas distintas coyunturas someten el ejercicio de la intervención política a distintas temporalidades: una es la del ejercicio de la oposición, otra la del ejercicio del gobierno y así sucesivamente. Si bien Cerda como “vocero” del PCCh (Álvarez, 2011) recurre a Lenin como figura de autoridad, no deja de ser un Lenin renovado y fresco, que busca estar a la altura de la vía chilena al socialismo.

Resulta sugerente contrastar la propuesta teórica de Cerda con la del también chileno Tomás Moulian, quien en un periodo posterior al de la experiencia de la Unidad Popular expone una lectura crítica de Lenin. Moulian había sido parte de los introductores de Althusser al medio chileno y había participado en la fundación de un partido político, el MAPU. El reto para el sociólogo chileno es enfrentar a Lenin con el propio Lenin, es decir, tensionar su obra y mostrar sus contradicciones y fisuras. Con ello apuesta a mostrar que existen dos momentos distinguibles. Ambos momentos imponían precisar

la diferencia, para no caer en lecturas expresivas. De alguna forma Moulian pretendía hacer lo que Althusser había sugerido para la lectura de Marx: distinguir momentos, cortes o rupturas al interior de la obra, es decir, evitar una lectura en clave de “totalidad expresiva” (Althusser, 1978, p. 105), en donde el todo determina a la parte de manera absoluta.

Moulian procedió demarcando la tensión que existía en la obra de Lenin a partir de las obras *¿Quiénes son los amigos del pueblo?* y el *¿Qué Hacer?* Moulian parte de un lugar 180 grados a la ubicación teórica de Cerda: para él la afirmación de que Lenin construyó una ‘ciencia de la política’, es decir, una teoría de la revolución para un periodo específico, debe ser cuestionada. Dice el sociólogo chileno: “No hay que buscar en Lenin “leyes” de la práctica revolucionaria, sino una manera de abordar el análisis de la acción” (Moulian, 1980, p. 17). Aunque en el extremo opuesto a Cerda, para Moulian la primacía de la intervención resulta lo crucial de la lectura de Lenin.

La crítica que Moulian realiza al primer Lenin, es decir al que escribe *¿Quiénes son los amigos del pueblo?*, se encuentra asentada en la construcción de la categoría de ‘necesidad histórica’. Según Moulian, en este segmento de la obra de Lenin prima un reduccionismo que provoca falsas totalizaciones, donde la ‘estructura’ prima siempre sobre lo ‘superestructural’. Ello es así porque la cárcel cientificista, heredera de la lectura de la II Internacional, se le impone al revolucionario ruso, actúa con fuerza el reduccionismo de la ‘última instancia’ y sigue presente la noción de la ‘esencia’ determinante como el eje articulador: las relaciones de producción son ese concepto reductor. Todo ello debido a que Lenin construye una teoría de la formación social capitalista donde sólo pesa lo estructural (las relaciones de producción), que el marxismo aprehendería a partir de leyes sociales, que operarían equivalentemente a las leyes de la naturaleza, es decir, de manera necesaria y universal. El cientificismo del que es presa lo obliga a reducir a los elementos ‘totalizadores’ negando que otras tramas de la vida social (como puede ser la cultura, la política o la ideología) sean consideradas como meras expresiones o epifenómenos de dicha ‘esencia’. En esas condiciones no hay posibilidad

de construir una teoría de política ni una noción de la intervención política. Es perceptible la crítica de corte althusseriano que Moulian realiza sobre Lenin en este momento de su argumento.

Dice Moulian sobre el entramado categorial del texto que critica: “Lenin deriva el [concepto] de necesidad histórica. Las nociones de formación social y de proceso histórico natural tienen una significación precisa dentro del discurso: indicar que existe un nivel determinante, las relaciones de producción” (p. 25). La cárcel cientificista se romperá con la redacción del *¿Qué hacer?*, desde el punto de vista del sociólogo chileno es con esta obra que Lenin aborda al fin el tema de la praxis más allá de una noción instrumental y accesorio. Al asumir centralidad también lo hace la posibilidad de la intervención política. Con el *¿Qué hacer?* Aparecerá, según Moulian, una ‘tesis materialista de la conciencia’, en donde la conciencia obrera se encuentra aún subordinada por la cultura burguesa. Esto para Moulian es ya un avance que permite mover radicalmente la perspectiva hasta entonces existente. Nuestro autor coloca cierto énfasis en la respuesta que Lenin da a la pregunta de por qué la conciencia obrera aparece limitada en su estado puro, escribe: “Las razones que indica se refieren a la organización de la cultura burguesa, al carácter más perfeccionado de la concepción del mundo y de los aparatos ideológicos” (Moulian, 1980, p. 28). El Lenin de 1903 es entonces el que emplaza como central la práctica política, el proceso de politización y por tanto el lugar de la intervención. Dejada a su inmediatez la conciencia obrera queda atrapada en el ‘obrerismo’ burgués, es decir, en la política sindicalista, inmediatista, donde la sociedad no aparece nunca como una totalidad sobre la que se puede actuar o intervenir. La salida de Lenin a esta situación es la conocida teoría de la importancia de la conciencia desde fuera de la clase, motivación que no aparecería en *¿Quiénes son los amigos del pueblo?* debido al determinismo que en él se ubicaba.

Para Moulian, Lenin da algunos pasos muy relevantes que, considerados hoy, apuntan a la desacralización del ‘leninismo’ inventado por el stalinismo y recreado por doquier. El punto más relevante es el de la primariedad de la política (es decir, de la capacidad de intervención de sujetos

politizados) sobre otras instancias o determinaciones de la totalidad. Ello obliga a restablecer el lugar de lo político, su trama, sus determinaciones, así como la contingencia que suscita. Sólo así se podrá evacuar definitivamente el determinismo, pues la política socialista no sería ya más ‘socialización de los medios de producción’, sino avocarse en la construcción de una intervención política en clave democrática. Además, se da paso a una noción en donde lo más importante es la acción de los sujetos y no las representaciones de “actores” que ya tienen predefinida su tarea en el escenario estructural.

La conclusión de Moulian es que Lenin dio en la práctica los pasos adecuados, aunque en términos teóricos nunca terminó de consumarlos. La crítica práctica fue más allá de la crítica teórica. En un intento de desacralizar y desfeticizar al ‘leninismo’, Moulian pasa factura a las ambigüedades y limitaciones, cargado de un arsenal que rodea entre Lukács, Korsch y Althusser. El sociólogo chileno se avoca no a concluir una ‘teoría de la revolución’ o una ‘sociología de la revolución’, sino los límites de las ambigüedades del máximo exponente de la práctica transformadora.

Pasemos ahora a un texto que ubicado temporalmente es previo pero que sirve como contrapunteo a las formulaciones de los autores chilenos. Se trata de un documento que suele encontrarse ausente entre quienes han reconstruido las vicisitudes del marxismo en América Latina, en gran medida porque el mismo autor, a pesar de la relevancia en su país de origen, no ha sido lo suficiente reconocido fuera de él. Nos referimos a J. R. Núñez Tenorio, dentro de Venezuela reconocido militante e intelectual, autor de una gran cantidad de libros y monografías. Núñez fue un conocedor profundo de la obra de Althusser y Sartre, además de destacado profesor universitario, lo que le permitió escribir numerosos volúmenes sobre metodología y filosofía del conocimiento. En el último combate de su vida participó en la conformación del movimiento que llevaría a Hugo Chávez al poder. Núñez publicó en 1968 *Lenin y la revolución*, breve comentario a la obra del dirigente ruso en donde exponía algunos de los tópicos que se encontrarán después en repetidas ocasiones cuando se abordara el aporte de dicho autor la ‘teoría política marxista’.

Al igual que para Cerda, Núñez Tenorio emplaza la idea de que Lenin funda una concepción ‘científica’ de la política. Ella tendría, sin embargo, también una versión de la ideología como corolario. Ciencia e ideología (o en un lenguaje más contemporáneo lo que Palti llamó ‘verdades y saberes’) estarían unificados a partir de la interpretación de Lenin, en él, la concepción de la lucha política debe ser entendida como la forma específica de la lucha de clases. Esa unidad entre ‘verdad’ (ideología) y ‘saber’ (ciencia) se expresaba en el lenguaje de la época a partir de la no separación que habría hecho Lenin al momento de calibrar lo ‘objetivo’ y lo ‘subjetivo’. El primero sería el reino de las condiciones, perfectamente captables por la capacidad racional de los movimientos políticos y sus intelectuales, es decir, en donde se especifican las posibilidades de la intervención práctica. La segunda, en cambio, sería el reino de la conciencia y de la acción de los sujetos que intervienen. Existirían por supuesto ‘factores objetivos’ que serían determinantes, y en tanto que determinaciones, captables, racionalizables, propios de cierto reino de la universalidad, por tanto de la ciencia. En cambio, el reino de lo subjetivo es el de la acción política, el de la capacidad organizativa, algo que nunca se encuentra predeterminado y que podría ser hasta un punto azaroso y por supuesto histórico. La lectura de Núñez pone énfasis en esa doble dimensión que debe ser captada en el momento de intervención política. De esta aproximación Núñez desprende los conceptos de táctica y estrategia. Dice el venezolano:

La estrategia y la táctica fusionan el análisis frío y racional del lado objetivo de la política con las cuestiones candentes y activas del movimiento político. La táctica desde luego, es aún más subjetiva, puesto que tiene que corresponder íntegramente a las cuestiones del presente, puesto que tiene que responder a cada momento a las exigencias de los propios fines estratégicos. (Núñez, 1968, pp. 25-26)

Dos cuestiones desprende Núñez de esto: en primer lugar que la táctica siempre está subordinada a la estrategia y que al ser el elemento subjetivo el fundamental, gana preeminencia

el ‘arte’ de la dirección política, desplazando cualquier intento de dar centralidad al lenguaje militarista que puede desprenderse de un análisis mecanicista, en donde los militantes o las organizaciones populares son ‘ejércitos’ o ‘milicias’. La política como ‘arte’ de la dirección es justamente lo que revela el privilegio de lo ‘subjetivo’ sobre lo ‘objetivo’, pero siempre entendido como una dimensión doble del mismo proceso. Ciencia e ideología encuentran su realización plena en la práctica política.

Sin embargo, Núñez alerta que tanto táctica y estrategia pertenecen originalmente al lenguaje militar, aunque insiste que en Lenin no pervive una noción estrecha o militarista de la política. La intervención política es algo más que la suma de fuerzas, por eso el concepto de ‘arte’ sirve para desplazar cualquier versión militarista de la política, es decir, cualquier versión que evite considerar las fuerzas sociales y sus alianzas, así como los entornos cambiantes. El arte de la política tiene su corazón en la dirección política, así se desplaza para él de manera definitiva la metáfora militar. El ‘arte’ de la conducción es el lograr caracterizar al movimiento social y poder ubicar e intervenir en las ‘fuerzas motrices’ que lo conducen. Para explorar esta dimensión se apoya de Lenin y del ejemplo de la ‘revolución burguesa’ moderna, aquella que no se realiza por obra de esa clase social, sino cuya consecución se da gracias a la intervención de otros sectores que se enfrentan a una situación dada y que actúan de acuerdo al conocimiento de ella. No hay posibilidad de ‘saltar’ fases, puesto que hay una comprensión adecuada de las determinaciones fundamentales de la sociedad, ello no implica el inmovilismo, sino todo lo contrario, una acción, un arte, que cambie el terreno de la disputa política.

A partir de estas explicaciones Núñez pasa a definir lo que se consideran las principales categorías del arte de la política: para comenzar es preciso localizar al ‘enemigo principal’, pues no todo enemigo lo es siempre y ello depende de cada etapa de la lucha política; las ‘capas intermedias’ que en determinados momentos son aliados y no necesariamente adversarios; también se encuentra la construcción de la ‘política de alianzas’ que justamente se mueve entre la táctica

de un determinado momento o coyuntura y los objetivos estratégicos. Así mismo resulta crucial ubicar ‘la fuerza principal’ de cualquier lucha política, que no está dado a priori ni como regla universal, sino construido a través de la historia: con ello se desmoviliza cualquier universalismo o fatalismo histórico.

Valdría la pena señalar que a finales de los sesenta para Núñez Tenorio existen dos formas predilectas, que la historia habría marcado, del arte de la conducción política. Por un lado, la insurrección y por el otro la guerra popular, ambas dimensiones contrapuestas de la estrategia de los grupos comunistas. La forma ‘insurreccional’ correspondería al ‘ejemplo’ ruso en tanto que la ‘guerra popular’ correspondería a la Revolución china. Aunque no profundiza, es claro que ambas opciones se presentan como formas de dirigir la ‘fuerza política principal’, así como formas distintas de construir alianzas y de tácticas diversificadas para derrotar al ‘enemigo principal’. De todo ello, sin embargo, es preciso destacar algo que es fundamental para la renovación del marxismo y es que no sólo no habría clases revolucionarias de antemano, ni politizadas por su sola existencia, ni tampoco presencia de grupos que volverían infalible la intervención política: ella está expuesta a los errores del ‘arte’, a valoraciones equivocadas, a condiciones adversas. Se hable de grupos, clases o sectores políticos estos no son nada sino a condición de dominar el arte de la dirección política y para ello es necesario la acumulación de la experiencia, la escuela de aprendizaje y la capacidad práctica, elementos estos que no dependen sólo de la voluntad individual ni colectiva, ni de poseer una ‘concepción del mundo’, sino el de asimilar las victorias y las derrotas históricas.

Podemos decir que el Lenin de Núñez Tenorio nos presenta un autor más prolífico, nada dogmático en la teoría ni sectario en la práctica política. Nos presenta un teórico que se apoya en las lecciones de la historia y que pretende trascenderlas a partir de las condiciones específicas que enfrenta. Nos presenta también y quizá aquí valga por fin citarlo, un Lenin autocrítico, una vez que los periodos van transformándose y hay necesidad de rectificar. Dice nuestro autor sobre el concepto de partido: “Los partidos de la revolución

no son un fin en sí mismos, son un instrumento de las masas, cuyo papel es, precisamente, llegar hasta las masas” (Núñez, 1968, p. 74). El partido entonces no es elemento que deba fetichizarse, su existencia depende también de las lecciones propias de la intervención en coyunturas que la historia ofrece. Sin duda se trata de un intento de romper con las versiones ‘leninistas’ a finales de los sesenta.

Reflexiones finales

Lo que Althusser consagró como la ‘crisis del marxismo’, no era sino el diagnóstico de situaciones detectadas con anterioridad en distintos planos, como lo fue la crítica al economicismo o al marxismo entendido como filosofía de la historia. Antes o paralelamente al *dictum* del filósofo francés, en América Latina ya se venían labrando espacios de reflexión sobre lo que se consideraban flaquezas y debilidades, pues los escenarios políticos de la región así lo demandaron. Si la crítica de Marx al capitalismo era correcta, faltaba en ella una caracterización sobre lo político. Autores como Lenin y Gramsci eran los productores que ayudaba a esa caracterización, la diferencia fundamental entre ellos es que el primero aportaba la posibilidad de construir una caracterización de la intervención en la coyuntura. Lenin se convirtió entonces en un recurso necesario y obligado, pero no fue cualquier recepción de su obra. Se trata de una utilización productiva, más allá de los cánones del “leninismo” como ideología de un poder hoy desaparecido.

El texto ha partido de la hipótesis de que Lenin sirvió para cubrir ese hueco que se diagnosticó en la ‘crisis del marxismo’, avanzando por distintas veredas (a veces formalmente contrapuestas), en lo que primaba era una versión materialista, contingente y contradictoria del conflicto político. Las producciones que hemos revisado no pusieron énfasis en la ‘necesidad’ de la historia, sino en la contingente participación de las clases al momento de intervención práctica. Ello obligó en algunas ocasiones a cuestionar figuras típicamente asociadas al ‘leninismo’ como lo fue el partido. También se operó sobre

su obra, de tal manera que Lenin resultó un autor productivo, lleno de complejidades y tensiones a partir del cual se podía pensar la realidad y la intervención en ella.

Se pasó revista por tres autores, pero existen algunos otros textos que valdría la pena mencionar, pues hacen parte del abanico de posibilidades que la obra de Lenin desató al nivel de la teorización de la política. Casi es un lugar común citar el trabajo del dirigente comunista Rodney Arismendi (1976) como un clásico, producto inmediato de la Revolución cubana y un intento por mediar entre La Habana y Moscú en las tensiones que producía el diseño de la estrategia revolucionaria. Junto a él se encuentran otros autores como la dupla de Theotonio Dos Santos y Vania Bambirra quienes observaron el devenir de los conceptos de táctica y estrategia “de Marx y Engels a Lenin” (1981); la dupla brasileña elaboró un discurso en donde Lenin tomaba el ritmo de las situaciones y hacía corresponder la táctica a ellas, generando un producto poco crítico de la obra del dirigente ruso. También en los años ochenta, producto del ‘post-althusserianismo’ Marta Harnecker dedicó algunos libros a Lenin, siendo los más famosos *Estrategia y táctica: instrumentos leninistas de dirección política* y *La revolución social: Lenin y América Latina*, la autora chilena buscaba repetir la pedagogía de sus libros anteriores, en este caso a los conceptos que el dirigente ruso entregaba. Finalmente debe considerarse la poco conocida reflexión del hoy vicepresidente Álvaro García Linera: *Las condiciones de la revolución socialista en Bolivia (a propósito de obreros, aymaras y Lenin)* (1988), texto que abreva entre la crítica a la izquierda boliviana clásica como en un intento de conciliar a Lenin con la perspectiva ‘étnica’ de cierto indianismo.

Así las cosas, el nivel de discusión sobre la ‘teoría política marxista’, en gran medida devino en América Latina un intento por teorizar las condiciones, posibilidades y recursos de la intervención. Falta aún mucho más trabajo sobre las apropiaciones de Lenin, no queda más que seguir desempolvando el archivo y mostrar el despliegue de un discurso que no fue sólo ‘calco’ o ‘copia’, sino también creación original.

Bibliografía

- Althusser, L. (1978). *Para leer El capital*. México: Siglo XXI.
- (1979). *La revolución teórica de Marx*. México: Siglo XXI.
- (2008). *La soledad de Maquiavelo*. Madrid: AKAL.
- Álvarez, R. (2011). *Arriba los pobres del mundo*. Santiago de Chile: LOM.
- Arismendi, R. (1976). *Lenin y la revolución en América Latina*. México: Grijalbo.
- Bambirra, V. Y Dos Santos, T. (1981). *La estrategia y la táctica socialistas de Marx y Engels a Lenin*. México: Era.
- Bensaid, D. (2007). *Trotskismos*. Madrid: El Viejo Topo.
- Boron, A. (2004). “Actualidad del ¿Qué Hacer?”. Lenin V.I, *¿Qué hacer?* Buenos Aires: Ediciones Luxemburg.
- Bujarin, N. (1978). *Lenin marxista*. Barcelona: Fontamara.
- Cerda, C. (1971). *El leninismo y la victoria popular*. Santiago de Chile: Quimantú.
- Condes, E. (2016). *Atropellado amanecer*. México: BUAP.
- Consuegra, J. (1971). *Lenin y la América Latina*. Barranquilla: Universidad del Atlántico.
- Díaz M, et. al. (S.f.). *Hablando con Lenin en 1921. Ellos conocieron a Lenin*. Moscú: Progreso, 256-261.
- García Linera, A. (1988). *Las condiciones de la revolución socialista en Bolivia (A propósito de obreros, aymaras y Lenin)*. La Paz: Ofensiva Roja.
- Gruppi, L. (1981). *El pensamiento de Lenin*. México: Grijalbo.
- Harnecker, M. (1985). *La revolución social: Lenin y América Latina*. México: Siglo XXI.
- (1988). *Estrategia y táctica: instrumentos leninista de dirección política*. Buenos Aires: Antarca.
- Híjar, A. (2005). El otro marxismo. *Pensares y Quehaceres*, No. 2, 181-189.
- Lecourt, D. (1979). *Ensayo sobre la posición de Lenin en filosofía*. México: Siglo XXI.
- Lewin, M. (2006). *El siglo soviético*. Madrid: Crítica.
- Liebman, M. (1978). *El leninismo bajo Lenin*. México: Grijalbo.
- Moulian, T. (1980). *Cuestiones de teoría política marxista: una crítica de Lenin*. Santiago de Chile: FLACSO.
- Negri, T. (2004). *La fábrica de la estrategia: 33 lecciones sobre Lenin*. Madrid: Akal.
- Núñez Tenorio, Jr. (1968). *Lenin y la revolución*. Caracas: Crítica Marxista,
- Palti, J. (2005). *Verdades y saberes del marxismo*. Buenos Aires: FCE.
- Rodríguez, M.G (2007). *¿Filosofía política?... al sur*, Bogotá: Utopía-Textos.
- Stalin, J. (1978). *Obra completas* (tomo 6). México: Eda.
- Taibo, II P.(1986). *Bolshevikis*. México: Joaquín Mortíz.
- Tronti, M. (2001). *Obreros y capital*. Madrid: Akal.
- Zinoviev, G. (1979). El leninismo. *El Gran debate (1924-1926)*. México: Pasado y Presente.

Jaime Ortega Reyna. Filiación académica o institucional: Universidad Autónoma Metropolitana (México). Grado académico: Doctor en Estudios Latinoamericanos.
Dirección postal o correo electrónico: jaime_ortega83@hotmail.com

Recibido: 1 de agosto de 2018
Aceptado: 8 de agosto de 2018